



LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ

JUNTO AL FUEGO

Habían arrancado la última hoja del almanaque y permanecieron pensativos, contemplando el cartón del calendario que contó los días del año que acaba de morir....

¿Dónde fueron las horas que pasaron amando?

¿Dónde sus momentos de entusiasmo, de lucha, de zozobras, de ardimientos; y aquellas veladas en que saborearon juntos el pan bendito de la alegría?...

En la habitación se advertía ese poético desconcierto que reina en el hogar de los amancebados; el ambiente era tibio y perfumado; la luz del quinqué envolvía los muebles en un suave reflejo nimbado; el brasero chisporroteaba lanzando puntos encendidos que iban a extinguirse sobre la alfombra, y fuera se oía el ruido seco, monótono, de los granizos testarudos que porraceaban los cristales....

Ellos, acoquinados por el frío, se habían refugiado junto al fuego, tras un biombo en el cual un artista japonés derramó un puñado de macacos grotescos sobre un cielo de añil.

—¿Te acuerdas del año pasado, Mimi?—dijo él;—tal como hoy, celebramos nuestra primera noche de amor.... ¡Cuántas noches, hermanas gemelas de aquella velada inolvidable, han pasado desde entonces!....

—¿Y qué?—repuso ella;—el año que empieza será como el que ha terminado; un año de amor. Mi cariño no declina, siento hacia tí los mismos arrebatos, los mismos ímpetus, de los primeros tiempos.... cual si las horas, maravilladas de mi pasión, se hubiesen sentado junto a nosotros y viviésemos fuera de la corriente de la vida....

—Dices bien!.... Porque tu eres la felicidad misma, lo que no pasa, la querida eterna que no se olvida....

Y callaron, contemplándose en silencio, diciéndose con los ojos lo que sus labios febriles de pasión no acertaban a balbucear, y como remozados por aquellos deleitosos recuerdos que parecían devolverles las llaves del paraíso perdido.



15 CÉNTIMOS



¿Quién iba á sospechar que la *cruzada del amor* emprendida desde las columnas de LA VIDA GALANTE, iba á encontrar, en cierta parte del público, una oposición caprichosa y brutal de fanáticos que niegan sin discutir?... ¿Quién iba á creer que tuviésemos que insistir una vez y otra acerca de los fines que perseguimos y de los ideales literarios y artísticos á que ajustamos estrictamente toda nuestra labor?...

Y, no obstante, así sucede: se nos desconoce, se nos niega, se nos achacan intenciones bastardas, se nos quiere afeanar con una careta que no admitimos, porque repugna á nuestro buen nombre y es indigna de cuantos escritores nos honran con su amistad y su preciosa colaboración.

Afortunadamente, este antagonismo lo hemos encontrado en un puñado insignificante del público, (porque el pueblo español ya sabe leer y apreciar el verdadero mérito de lo que lee); pero, de todos modos, queremos insistir en lo que tan de cerca afecta á nuestra reputación, porque no soportamos que *nadie* nos atribuya propósitos ruines que jamás tuvimos, ni afanes de lucro contrarios al modesto pero limpiísimo abo-lengo literario de los compañeros que forman esta Redacción.

LA VIDA GALANTE trae un programa nuevo, un criterio nuevo, independiente.... Y viene á luchar sin prejuicios, sin hipocresías, á pecho descubierto; y sin los mentirosos rebozos de los cobardes esclavos de la opinión, ni de los mercachifles que, por medrar, no hay bajeza que no hagan, ni sonrisa que no finjan, ni imposición á que no se dobleguen.

LA VIDA GALANTE tiene otras aspiraciones, otras ambiciones, otros horizontes....

No venimos á competir con los semanarios más populares de España, porque la competencia supone desafío y semejanza, por ende, de armas; y á nosotros nos desagrada la literatura incolora y el culto idolátrico que rinden á la fotografía los representantes más populares de nuestra prensa ilustrada.

Pero no porque rehuyamos la corriente general, vayan á creer los zurdos de entendimiento que merecemos figurar en el vergonzoso extremo contrario, y que LA VIDA GALANTE es uno de tantos semanarios festivos que se publican en diversas capitales de España para estrago del gusto artístico de la juventud barbilinda y bochorno de la literatura nacional.

¡No, mil veces no!....

Nosotros queremos ser, aquende los Pirineos, lo que son en París *Le Journal*, *Gil Blas*, *Don Juan*, *Le Kire*, *Fin de Siècle*.... y otros muchos periódicos que circulan profusamente por toda Francia, ilustrados por los caricaturistas más famosos, redactados por los escritores más en boga, Zola, Coppée, Mendes, Prévost, Mirvean, Lavedan, etc., etc.... y que pueden ser leídos sin escrúpulos en el seno de la más atildada sociedad.

Eso es lo que aspira á ser LA VIDA GALANTE; y aún me parece que me propaso y extremo la nota más de lo justo, ya que, supuesto nuestro carácter y ortodoxo criterio, comprendemos que en España parecería escandaloso aquello mismo que en Francia estiman inocente y baladí.

Tal es nuestro programa: ni más, ni menos.

Ni podemos seguir los derroteros trazados por las revistas de gran circulación, porque la estupenda preponderancia que en estos últimos años ha adquirido la fotografía es la muerte del arte español; ni tenemos pujos *modernistas* porque, á nuestro juicio, es un decadentismo fruto de neurósis efímeras y sin importancia; ni podemos degradarnos tampoco á halagar los torpes apetitos de una parte mínima del público sirviendo como plato de buen gusto, las resobadas desnudeces de una mujer sacada de cualquier lupanar y convertida en modelo de un fotógrafo anodino.... Porque todo aquello que está sujeto á la línea y al color, en cuanto sale de manos del pintor para caer en las del fotógrafo, deja de ser arte y se convierte en oficio frío y mecánico.

LA VIDA GALANTE tiene su puesto aparte y recorre un camino diferente; es un cuadro, en fin, que tiene marco propio; puesto que cultiva un género literario que se aparta de la mojigata pudibundez de los unos y de la desdodada mala educación de los otros.

LA VIDA GALANTE vivirá una existencia próspera; es periódico que no *puede* morir, ó por lo menos, que no *debe* morir, ya que procura iniciar el glorioso renacimiento del arte exaltando el amor á la gloria y á la vida. Quizá los ideales, en suma, perseguidos en LA VIDA GALANTE no estén lejos de los defendidos por un puñado de ilustres escritores desde las columnas de *Vida Nueva*.

Conste así y sirva el presente artículo de epílogo á estas enojosas explicaciones.

Juan de MAÑARA

¡NO!

SONETO

Cuánto sufrí ¡y qué solo!.... Ni un amigo,
ni una mano leal que se tendiera
en busca de la mía, ni siquiera
el placer de crearme un enemigo.

De mi abandono y mi dolor testigo,
de mi angustiosa vida compañera
fué una pobre mujer, una.... *cualquiera*
que hambre, pena y amor partió conmigo.

Y hoy que mi triunfo asegurado se halla,
tú, amigo por el éxito ganado,
me dices que la arroje de mi lado,
que una mujer así denigra.... ¡Calla!
Con ella he padecido y he luchado:
el triunfo no autoriza á ser canalla.

Joaquín DICENTA

EL PECADO ETERNO

No, no culpéis á la mujer primera
porque sació con ansia su apetito,
ni al padre Adán que del manjar bendito
gustó con su agradable compañera....

La culpa es del manjar que entonces era
más incitante por estar maldito....

¡Si el gozar del amor es un delito
yo también, siendo Adán, le cometiera!

Es eterna la sed de los placeres,
no se apaga el volcán de las pasiones,
y ayer lo mismo que hoy, y hoy que mañana,
son Evas tentadoras las mujeres
y son ciegos Adanes los varones....

¡Siempre corriendo en pos de la manzana!

Antonio PALOMERO

HOY Y MAÑANA



El originalísimo cuadro de Ballheim me ha sumido en un dédalo de melancólicas meditaciones.

Nadie sabe cómo nacen las ideas, ni en virtud de qué prodigioso mecanismo se transforman y viven en el cerebro, pero yo, si quisiera expresar gráficamente este problema irresoluble de la psicología, diría que las ideas están dentro del cráneo como las dos niñas de Ballheim en la oquedad de una calavera monda y pulida.

El hombre, por ejemplo, que harto de las orgiásticas baraundas de la vida, se retira del mundo para constituir un hogar, no sólo lo hace movido por su previsión de hombre egoísta que procura asegurarse un porvenir tranquilo, sino también por el anhelo de engendrar hijos que perpetúen su apellido y que interesen su corazón con nuevos y purísimos sentimientos.... Así vivimos todos; como idea, como deseo, antes de convertirnos en materia viviente y sensible: esa pobre materia que más tarde se desarrolla con la niñez, se embellece en la juventud, y se estropea y avellana con la ancianidad, para luego morir y alimentar otros seres y constituir otros organismos.

El lienzo de Ballheim es un símbolo admirable del pasado y del porvenir, de lo que seremos y de lo que fuimos; es la Muerte y el Amor abrazados, viviendo el uno del otro, destrozando aquella lo que el otro engendra y perpetuando entre ambos el manantial inagotable de la vida.

¡Dos niñas dentro de una calavera!.... Es una genialidad de artista semejante al antojo que tuviesen dos recién casados de dormir en un féretro su primera noche de amor; ó á esos humorismos macabros de la Naturaleza que cubre los cementerios de flores odorantes....

Por no perder el respeto⁽¹⁾

(CUENTO ANDALUZ)

La señora Nicolasa, viuda del herrador, recibió una carta, en que le participaban la imprevista y repentina muerte de su tío, el más rico tabernero de Córdoba. Convenía ir allí sin tardanza á recoger la herencia, antes que los entrantes y salientes de la casa lo hiciesen todo trizas y capirotos.

Resuelta y activa, la viuda se puso el mantón, y sin perder tiempo se fué á ver al tío Blas, el cosario, para que la llevase á la antigua capital de los califas.

—Oiga usted, señá Nicolasa, yo estoy mal de salud, he tenido cicciones y aún no me he repuesto. Hasta dentro de siete ú ocho días no pienso salir para Córdoba.

—Mucho me contraría lo que usted me dice—respondió la viuda.—¿Cómo me las compondré? Yo necesito ir á Córdoba inmediatamente.

—Ya usted sabe—replicó el tío Blas—que yo quiero complacerla siempre. Hay un medio de que mañana mismo, antes de rayar el alba, se ponga usted en camino. Puedo dar á usted dos mulos muy mansos y que

andan mucho, y una persona de toda mi confianza para que la acompañe.

—¿Y quién es esa persona?

—Pues mi nieto Blasillo.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué no dirían las malas lenguas del lugar si yo me fuese sola por esos andurriales con un mozuelo de veinte años, á lo más, y que, si mal no he reparado, es guapote y atrevido?

—Deje usted que digan lo que quieran, señá Nicolasa, ¿quien está libre de malas lenguas y de testigos falsos? Hasta de Dios dijeron. Y por otra parte, créame usted, mi niño es un alma de Dios, mejor que el pan, incapaz de cualquier desacato. Con él irá usted más segura que con un Padre Capuchino.

La viuda estaba decidida á ir á Córdoba y pasó por todo.

—Iré con Blasillo—dijo por último.—Si murmuran, que murmuren. Yo confío en el buen natural y en la cristiana crianza del muchacho, y confío más aún en mi gravedad y entereza.

—Tiene usted razón que le sobra, señá Nicolasa. El chico es tan bueno, noble y tranquilo, que no será menester que usted se haga de penca.

La claridad del día iba extendiéndose por el cielo, se teñía el Oriente de un vago color de rosa que anunciaba la pronta salida del sol, y en la mitad del éter, como joya de oro sobre obscuro manto azul, resplandecía el lucero míguero. Corría un vientecillo fresco;

(1) En nuestra opinión, y puede que no nos equivoquemos, el escritor que ha dado forma á esta interesante narración andaluza, es un gran novelista, digno de parangonarse con el autor de *Pepito Jiménez*.

los pajarillos cantaban; el rocío daba lustre y esmalte á la hierba nueva; blanqueaban los almendros en flor, y las nacientes hojas de los árboles deleitaban la vista con su tierna verdura. Era uno de los primeros días del mes de Abril.

La señá Nicolasa había enviudado temprano y tendría á lo más veintiséis ó veintisiete abriles. Era alta y esbelta, aunque poco enjuta de carnes. Su ademán decidido y su aspecto señorial, grave y casi imperatorio, se hallaban en perfecta conformidad con la fama que tenía de honrada, severa, valerosa y sobrado capaz de tener á raya á los hombres más insolentes, y de no necesitar protección ni socorro para impedir que le perdiesen el respeto.

En aquella ocasión salió del lugar, montada en un poderoso mulo romo, sobre muy lujosas y cómodas jamugas, con blandos almohadones de pluma y con su tablilla para apoyar los piecitos. Iba con tanta majestad, y era tan gallarda morena, que parecía la propia reina de Sabá cuando caminaba hacia Jerusalén para visitar á Salomón y poner á prueba su sabiduría con enmarañados acertijos.

En el otro mulo, que llevaba el baúl de la viuda y algunos encargos, Blasillo iba detrás, muy respetuoso y sin atreverse á hablar á la adusta y floreciente matrona, cuya custodia le había confiado su abuelo.

Pasaron no pocas horas, callados siempre los dos caminantes y marchando los mulos á buen paso.

Estaban en medio de la campiña. No había por allí olivares ni huertas, ni árbol que diese sombra, sino terreno sin roturar, donde las plantas que más descollaban eran el romero y el tomillo, entonces en flor, y que exalaban olor muy grato, ó bien extensas hojas de cortijo, sembradas unas, otras en barbecho ó en rastrojo. Lo sembrado verdeaba alegremente, porque aquel año había llovido bien y los trigos estaban crecidos y lozanos. El suelo, formado de suaves lomas, hacía ondulaciones, y como no había árboles, la vista se dilataba por grande extensión sin que nadie lo estorbase. Aquello parecía un desierto. No se descubría casa ni choza, ni rastro de albergue humano por cuanto abarcaba la vista.

El sol casi culminaba ya en el meridiano, y nuestros viajeros, recibiéndole á plomo sobre las cabezas, apenas proyectaban sombra. Ni en la vereda por donde iban, ni cerca ni lejos, parecía bicho viviente.

La señá Nicolasa empezó á sentir calor, fatiga y hambre, y mostró deseo de almorzar y descansar un poco.

—Antes de diez minutos llegaremos—dijo Blasillo. —En cuantico subamos esa cuestecilla y estemos en lo alto de la loma, verá usted el arroyo que está al otro lado, y allí, en medio de los álamos negros y de los mimbrones que crecen á la orilla, podremos almorzar muy regaladamente, descansar tres ó cuatro horas y hasta echar una siesta.

Todo ocurrió como Blasillo lo anunciaba. Llegaron al arroyo, cuya agua era limpia y cristalina. Cubrían su margen tupido césped y silvestres flores. La espesura de los árboles formaba soto umbrío. En el follaje, por lo mismo que había poquísima arboleda por aquellos contornos, venía á guarecerse innumerable multitud de pajarillos de varias castas y linajes, que animaban la esquiva soledad con sus trinos y gorjeos.

Como el tío Blas era muy buen cristiano, muy recto y temeroso de Dios, muy seguro en sus tratos y persona de estrecha conciencia, había, según suele decirse, leído la cartilla á Blasillo y encargándole que no se desmandase en lo más mínimo, que le sacase airoso y que no desmintiese con su conducta las alabanzas que

había hecho de él á la joven viuda, aunque para este fin tuviese que luchar con todos los enemigos del alma y vencerlos.

Á la verdad no necesitaba Blasillo de aquellas amonestaciones. Siempre había contemplado á la joven viuda con tan profunda veneración, que el discurso de su abuelo de nada servía para disuadirle de propósitos audaces que jamás había formado. Antes bien, si Blasillo no hubiera sido tan bueno, el discurso del abuelo hubiera podido servir para despertar en su alma candorosa los propósitos susodichos.

Como quiera que fuese, Blasillo distaba tanto de haberlos concebido, que se puso más colorado que un pavo cuando con timidez, que por dicha no deslustró su agilidad, su buena maña y la fuerza de sus brazos, recibió á la viuda, que se dejó caer en ellos para echar pie á tierra. Extendió allí Blasillo una limpia servilleta que sacó de las alforjas, y colocó sobre ella los boquerones fritos, el pollo fiambre, el blanco pan y las apetitosas chucherías que para la merienda llevaba. Ni faltaron cuchillos y tenedores, ni vasos de bien fregado vidrio, en el mayor de los cuales trajo Blasillo agua fresca del arroyo, reservando otros dos vasos más pequeños para el añejo y generoso vino de Montilla que había en su bota.

La viuda y su acompañante se sentaron amistosamente, él enfrente de ella; y comieron y bebieron con fruición y como dos príncipes.

Blasillo, más silencioso que parlanchín, apenas despegaba los labios: pero la viuda hablaba y procuraba hacer hablar á Blasillo, con preguntas y consideraciones.

Casi ya terminado el festín, y más animada la viuda, dijo á Blasillo:

—Estoy contenta de ti. Estoy satisfecha. Tu abuelito te ha dado muy buena crianza. Pero, hablando con franqueza, bien es menester que tenga yo todo el valor que tengo para fiarme como me he fiado, de un mozo como tú, y para venirme sola con él y sin amparo ninguno, á un sitio como éste cuya soledad aterra. Ya ves tú.... Ahora serán las doce del día, la tranquilidad y el silencio de estas horas y en estos lugares son casi tan medrosos como la tranquilidad y el silencio de la media noche. No parece sino que tú y yo estamos solitos en el mundo, ó por lo menos que no viven en él seres humanos y de bulto, prójimos nuestros, sino pajarillos que cantan y que no saben ni entienden lo que nosotros somos ni lo que hacemos. Declaro que si yo no estuviese tan seguro de ti y de mí, me arrepentiría de lo hecho, como del más osado y peligroso disparate.

—Pues mire su mercé, señá Nicolasa, bien hace su mercé en no arrepentirse y mejor aún en no creer disparate lo hecho. Ya me recomendó el abuelo que me portase bien, y no era menester que me lo recomendase. Yo soy quien soy, y conmigo va su mercé como bajo un fanal.

—Lo sé, lo veo, hijo mío—replicó la viuda.—Tú eres de los que no hay; algo de extraño y que no se estila. Y sin embargo.... á pesar de tu excelente condición.... ¿quién sabe?... Ni aquí, ni á mucha distancia de aquí hay criaturas de nuestra casta. Pero, ¿podremos afirmar que en torno nuestro, sin que nosotros lo veamos, ni lo sintamos, no haya duendes ó diablillos traviesos que nos hablen al oído y nos infundan malos pensamientos?... Si he de confesarte la verdad, yo tengo miedo y no temo por ti ni por mí, si naturalmente seguimos siendo como somos. Temo por el misterio que nos rodea y en el cual tal vez se esconda no sé qué brujería ó hechizo.

—Pues nada, señá Nicolasa, sasiéguese usté y no tema. Aquí no hay diablo, ni duende que valga. Contra todos ellos, si los hay, me defenderé yo y defenderé á su mercé, y su mercé y yo seguiremos siendo los mismos que antes, sin trastorno ni encantamiento. Hubo una larga y silenciosa pausa.

(Concluirá.)

DESPUÉS DE LAS MANIOBRAS

*Epístola que un dragón
que ha vuelto del Espinar
ha dirigido, al llegar,
á una reina del fogón.*

Querida Nemesia: Por mor der sargento,
que es un azaura de marca mayor,
ma zío imposible, dende er campamento,
mandarto ni un solo jipio de amor.

Llegamos zuando y derrengaitos
ar destacamento de Galapagar,
mos dieron ar trote unos huevos fritos
y aluego mos dieron.... orden de marchar.

Ar zali me dijo er cabo Carmona,
que es un gaditano que no tiene fin:
—«Si encuentras alguna gallina moñona
no me la coloques en er maletín;

que si por acazo cuarqué pipiolo
ze va de la lengua, aluego ar llegá,
y lo oye er tiniente, va avé chirimbolo
que va á dir á Lima d'una gofetá.»

Dende er pueblo ese zalimos pitando
hasia Sorsediya y.... ¡várgame Dió!....
¡entavía, Nemesia, me estoy acordando
de lo que er tiniente mos manifestó!

Carcula que dise, mirándome atento:
—«Ar primé guripa que llegue á coger
argo que no zea der destacamento,
toitas las costiyas le voy á moler!»

Echa tú la cuenta de lo azollispao
que yo me pondría, ar considera

que ar zali der pueblo mavía emparmao
un conejo vivo que ví en la posá.

Exenso decirte, me quedé perplejo,
porque er compromiso era superior,
y porque me dije:—«Ha visto er conejo,
y, ahora, es una fiera este buen señor!»

....Por fortuna, luego, vide claramente
cuando al otro pueblo llegamos ar fin,
y á la vera mía pasaba er tiniente,
que aquello lo dijo sin su retintín.

En las maniobras, estuve aturdió;
to er día á caballo.... y pa allá y pacá.
Yo le dije ar cabo:—«Ze mos ha perdió
arguna petaca?....—Cállate, animá!

—Formar en batalla!—gritó er comendante.
¡Quietos!.... ¡Por la izquierda!.... ¡Marchen!.... ¡Escuadrón!
¡De frente!.... ¡En columna cerrada!.... ¡Adelante!
¡Jaca!.... ¡No te pares!.... ¡Arriba!.... ¡Tumbón!

....Cañonazos, tiros, humo, zaragata,
relinchos, sablazos.... ¡y á tó esto llové!
¡Eze que ze queja, se ha roto una pata!
¡El otro de junto, ze la va á rompé!

....Nemesia, qué lío! Por fin, la corneta
tocó que «arto er fuego».... Llegó er generá
y dijo que habíamos llegao á lu meta,
lo cual que no vide ni meta ni ná.

Aluego mos dieron un rancho con vino;
yo con la bebia me puse barlú,
y zi no la dejo, jago un desatino....
¡y ar mesmo tiniente le digo de tú!

En fin, cacho é gloria, que en el regimiento
me han dao una lata, pero.... superior,
y que no ha podió dende er campamento
mandarte ni un zolo jipio de amor.

Pero ya he gorvío, cuerpo sandunguero;
estoy de ordenanza con er coronel....
no tengo tabaco.... er martes te espero....
en la carretera de Carabanchel.

Por la copia,
Rafael SOLÍS

MODUS VIVENDI



—Me voy porque dentro de un momento vendrá Gutiérrez á cobrarme las quinientas pesetas de marras. Ya sabes; recíbele.... y haz que espere otro trimestre.



—¡Oh!.... Los negocios marchan muy mal, sobran empleados.... Sin embargo, yo no tendría inconveniente en colocar á su esposo.... siempre que usted hourase mi casa yendo á verme mañana, de cuatro á cinco....



ÍNTIMA

Puesto que dices que me quieres tanto
unamos nuestras suertes, alma mía;
tus dulces besos secarán mi llanto
y serán tus abrazos mi alegría.

Ven conmigo; en tu imagen hechicera
quiero dejar de mi pasión el sello,
y he de hacer de tu rubia cabellera
lazo de amor en torno de mi cuello.!

Ven; á mi lado dormirás en calma
sueño de paz, de dicha y de ventura;
ven; porque para tí guardo en el alma
un tesoro de amor y de ternura.

Postdata: he abordado á tu marido
y ya le tengo casi convencido.

Ramón ASENSIO MAS



Cuentos ajenos

LA VIUDA DE UN GRAN HOMBRE

A nadie le chocó cuando se supo que se volvía á casar. Apesar de todo su genio, quizás también á causa de su genio, el gran hombre la había obligado á pasar quince años de una vida durísima, sembrada de caprichos y de fantasías brillantes, de las que París se había ocupado en diversas ocasiones. Por el ancho camino de la gloria que había recorrido triunfante y á toda velocidad, como todos los que mueren jóvenes, ella le había seguido humilde y temerosa, sentada en un rincón del carro de la fortuna y esperando siempre los choques. Cuando se quejaba, parientes, amigos, todo el mundo, se declaraba contra ella.—Respetad sus debilidades—la decían;—son las debilidades de un dios. No le turbéis, no le trastornéis. Pensad que vuestro marido no os pertenece completamente: pertenece más bien al país y al arte que á la familia.... ¡Y quién sabe si cada una de esas faltas que le reprocháis no nos ha valido obras sublimes!.... Al fin, sin embargo, harta de tanto aguantar, se insurreccionó, se indignó y fué injusta hasta el extremo de que cuando el gran hombre murió, estaban próximos á entablar el divorcio y á arrastrar su célebre nombre por la tercera página de los periódicos que se ocupan de estos escándalos.

Después de las agitaciones de aquella desgraciada unión, de las inquietudes de la última enfermedad y del golpe súbito de la muerte, despertó por un momento la afección primitiva, los primeros meses de su viudez hicieron en la joven el efecto saludable y tranquilizador de una temporada de baños. El retiro forzoso, el encanto del dolor amortiguado; la dieron á los treinta y cinco años una segunda juventud, casi tan seductora como la primera. Además, el luto la sentaba bien, y tenía la presencia respetable, un poco altiva, de una mujer que se ha quedado sola en el mundo con todo el honor de un gran hombre. Muy celosa por la gloria del difunto, aquella gloria maldita que tantas lágrimas la había costado y que ahora aumentaba de día en día como flor espléndida que se alimenta con la negra tierra del sepulcro, se la veía, envuelta en largos y tupidos velos, aparecer entre los directores de teatros y los editores, ocupándose en hacer que se volviesen á representar las óperas de su marido, vigilando la impresión de las obras póstumas de los manuscritos no terminados; y concediendo á estos detalles una especie de cuidado solemne y un respeto religioso.

En este momento la conoció su segundo marido. Era músico también, poco conocido, autor de vales, de melodías y de dos operetas cuyas partituras, cuidadosamente impresas, habían obtenido tan pocas representaciones como venta. Con una figura agradable y una buena fortuna, que heredó de una familia excesivamente burguesa, tenía, sobre todo, el respeto supremo del genio, la curiosidad de los hombres célebres, y el entusiasmo sencillo de los artistas jóvenes. Así, cuando le enseñaron la viuda del gran maestro, quedó deslumbrado. Era como si se le apareciese la imagen misma de la musa gloriosa. Enamoróse de ella inmediatamente, y se hizo presentar en casa de la viuda, que empezaba á reaparecer en sociedad. Creció su pasión con la atmósfera del genio que flotaba todavía en todos los ángulos del salón. Allí estaba el busto del maestro, el piano en que componía sus partituras colocadas sobre todos los muebles, con melodías que pare-

cían deletrearse, cual si las frases escritas en aquellas páginas entreabiertas resonasen musicalmente.... El encanto real de la viuda, fijo en este recuerdo austero como en un cuadro que la realzaba, acabó de enamorarle perdidamente.

Después de haber dudado mucho tiempo, el buen muchacho acabó por declararse; pero en términos tan humildes, tan tímidos.... Sabía lo poco que para ella era. Comprendía todo lo que la costaría cambiar su nombre ilustre por el suyo, desconocido y mezquino.... Y otras mil tonterías de este jaez. Ya os figuraréis que la dama, en el fondo del corazón, estaba muy satisfecha de su conquista; pero fingió tener el corazón despedazado y tomó el aire desdeñoso y hastiado de la mujer cuya vida ha concluído, sin esperanza de volver á reanudarse. Ella, que nunca había estado tan tranquila como después de la muerte del gran hombre, halló todavía lágrimas para llorarle y un ardor entusiasta para hablar de él. Esto, como es de suponer, exaltó á su joven adorador y le hizo más elocuente y persuasivo.

En una palabra: aquella vindez severa terminó en matrimonio; pero la viuda no abdicó, y continuó, aunque casada, más viuda del gran hombre que nunca, comprendiendo que á los ojos del segundo marido consistía en esto su prestigio. Como era menos joven que él, para impedir que se apercibiera de ello, le abrumó con un desdén, con una especie de piedad vaga. Pero él no se agraviaba por eso; al contrario, estaba muy convencido de su inferioridad, y encontraba muy natural que el recuerdo del muerto reinase despóticamente en su corazón. Para mantenerse en esta actitud humilde leía algunas veces con él las cartas que el maestro le escribía cuando la cortejaba. Esta mirada al pasado la rejuvenecía quince años y la daba la seguridad de la mujer bella, querida y mirada á través de todos los ditirambos amorosos y la exageración encantadora de la pasión escrita. Poco importaba á su joven marido que hubiese cambiado después: la adoraba bajo la garantía de otro, y sacaba de ello no sé qué singular engreimiento. Parecíale que aquellas súplicas apasionadas se unían á las suyas, y que heredaba todo un pasado de amor.

¡Extraña pareja! Era curioso verles en sociedad. Les encontré varias veces en el teatro. Nadie hubiera reconocido á la joven temerosa, un poco tímida, que acompañaba en otro tiempo al maestro, perdida en la sombra gigantesca que aquel proyectaba en torno suyo. Ahora, erguida en el antepecho del palco, se exhibía, y atraía orgullosa todas las miradas. Hubiérase dicho que tenía sobre la cabeza la aureola de su primer marido, cuyo nombre resonaba á su alrededor como un homenaje ó un reproche. El segundo, sentado algo detrás, con la fisonomía solícita de los que viven sacrificados, observaba sus menores movimientos, atento á servirla.

En su interior, esta extraña conducta era aún más notable. Recuerdo de una reunión que dieron un año después de su matrimonio. El marido circulaba entre sus invitados, orgulloso y un poco azorado de reunir en su casa á tanta gente. La mujer, desdeñosa, melancólica, superior, era aquella noche la verdadera viuda de un gran hombre. Tenía cierta manera de mirar á su marido por encima del hombro, de llamarle «mi pobre marido», y abrumar con los deberes de la recepción, como queriendo significarle: «No sirves más que para esto». En torno suyo estaba el círculo formado por los íntimos de otros tiempos, los que habían asistido á los brillantes estrenos del maestro, á sus luchas y á sus triunfos. Con ellos coqueteaba y se

fingía niña. ¡La habían conocido tan joven! Casi todos la llamaban con el diminutivo «Anita». Aquello era como un cenáculo al que el pobre marido se aproximaba respetuosamente para oír hablar de su predecesor. Se recordaban los estrenos gloriosos, aquellas noches de combates casi siempre ganados, las manías del gran hombre, su modo de trabajar cuando para inspirarse quería que su mujer estuviera á su lado adornada, descotada.... — «¿Os acordáis, Anita?».... Y Anita suspiraba y enrojecía....

De aquel tiempo databan sus bellas obras amorosas, *Savonarola*, principalmente, la más apasionada de todas; con su gran dúo acompañado del resplandor de la luna, de los perfumes de las rosas y de los trinos del ruiseñor. Un entusiasta lo ejecutó al piano, en medio de la emoción contenida. Al oír la última nota de aquel admirable fragmento, la señora se deshizo en lágrimas. — «Es superior á mis fuerzas—decía:—no he podido oírlo nunca sin llorar».... Los antiguos amigos del maestro, rodeando á su desgraciada viuda con sus simpáticas expresiones de sentimiento, acudían uno tras otro, como en las ceremonias fúnebres, á darla un nervioso apretón de manos.

—Vamos, vamos, Anita, valor....

Y lo más gracioso es que el segundo marido, de pie, junto á su mujer, emocionado, traspasado de dolor, distribuía también apretones de manos y participaba del sentimiento general.

—¡Qué genio, qué genio!—decía secándose los ojos. Aquello era á la vez cómico y conmovedor.

Alfonso DAUDET

RÁPIDA

LA MUJER INGLESA

No desconoces la singular personalidad de los ingleses y ese mar de la Mancha infranqueable y orgulloso, ese frío canal de San Jorge que colocan entre ellos y las gentes que no les han sido presentados. Consideran la humanidad como un inmenso hormiguero, sobre el cual marchan; no conocen de su especie más que á las gentes admitidas por ellos: de las otras, ni entienden su lenguaje; son labios que articulan y ojos que miran, pero ni las palabras ni las miradas les conmueven: para ellos, esas gentes no existen. Los ingleses ofrecen así en sus personas una imagen de sus islas, donde la ley lo regula todo, donde todo es uniforme en cada esfera, donde el ejercicio de las virtudes parece el juego necesario de unas ruedas que marchan á compás.

Las fortificaciones de acero bruñido levantadas alrededor de una mujer inglesa, encadenada en su hogar con hilos de oro, pero donde no la rodean más que maravillas, la prestan atractivos irresistibles. Ningún pueblo ha preparado mejor la hipocresía de la mujer casada, colocándola deliberadamente entre la muerte y la vida social: no hay para ella ningún intervalo entre la vergüenza y el honor: ó la falta es completa, ó no es falta; ó lo es todo ó no es nada; es el to be, or not to be, de Hamlet. Esta alternativa, unida al desdén constante á que la habitan las costumbres, hacen de la mujer inglesa un ser aparte en el mundo. Es una pobre criatura virtuosa por fuerza y dispuesta á depravarse, condenada á perpétuas mentiras sepultadas en su corazón; pero deliciosa por la forma, porque ese pueblo todo lo ha sacrificado á la forma. De ahí proceden las bellezas particulares inherentes á las mujeres de ese país: esa exaltación de una ternura que compendia para ellas todo lo más selecto de la vida, esa exageración en sus propios amorosos afanes, y esa delicadeza pasional tan deliciosamente pintada en la escena de Romeo y Julieta, en la que el genio de Shakespeare ha pintado de un solo rasgo el retrato de la mujer inglesa.

H. de BALZAC

Fray Pedro

Esto ocurrió hace muchísimos años, cuando la ciencia no había despojado aún á los santos de su prestigio, ni á los bosques de su legendaria poesía.

En el lugar más agreste del monte, y prendido en una resquebrajadura de la montaña como un nido dealcones, estaba el rancho en que se albergaba el pobre cenobita.

Algunos vecinos de los villorrios comarcanos, aseguraban que Fray Pedro había sido en sus mocedades un pecador contumaz, muy aficionado á los naipes y gran admirador de las hijas de Eva: pero aquellas galantes leyendas eran ya de muy atrasada fecha, y el cansancio de los combates amorosos refidos con envidiable fortuna, habían resfriado el ardiente corazón del temible conquistador de otros tiempos, que fué retirándose paulatinamente de la sociedad y concluyó por procurarse, en lo más intrincado de aquella serrañía, un refugio solitario, casi inaccesible, de cabra montés ó de faisán enclavado.

Las causas que determinaron en el antiguo galán aquella explosión de misantropía, nadie las supo, ni hay para qué requemarse el cerebro buscándolas; obedeciese su conducta á flaqueza del cuerpo ahito de goces, ó á desengaños amorosos, ó, pensando más cristianamente, á remordimientos por todo el mal que había hecho, lo cierto es que Fray Pedro observaba una conducta ejemplar, y que podía ofrecérsele como espejo limpiísimo de castidad, de frugalidad y de evangélica resignación. Era tan rotundo su alejamiento, que muy pocos podían jactarse de haberle oído hablar, los chicos le temían, creyendo ver en el ermitaño algo que trascendía á espíritu ó embeleco del otro mundo, y entre los habitantes del valle gozaba fama de santo milagrero, caritativo y de vastísimo saber.

Lo innegable es que Fray Pedro, á despecho de su ascético retraimiento, de sus pesadumbres, de su incipiente vejez y de otros requilorios de menor cuantía que no hay para qué enumerar, no había logrado domar aún la briosa acometividad de su sanguínea condición, y continuaba librando rudos combates contra el Demonio que procuraba corromperle tentándole con seductoras añagazas.... El Demonio ponía ardores de hoguera en su carne, y cargaba de electricidad sus nervios y requemaba su piel con el fuego íntimo y lento de la sensualidad reprimida, y enloquecía su cerebro turbando la paz de sus noches con orientalescos ensueños poblados de figuras y pormenores de quintesencia-da voluptuosidad.

A esto obedecía, sin duda, el que Fray Pedro, temeroso de incurrir en algún pecado que le cerrase las puertas del paraíso perdurable, se tratase á si mismo con inaudita crueldad. Ayunaba con frecuencia, pasaba muchas horas entregado á la meditación ó á lecturas piadosas; se flagelaba con fuertes disciplinas encastradas, comía hierbajos y frutas silvestres válido de la soledad en que vivía, andaba completamente desnudo en todo tiempo, sin curarse de los fríos del invierno ni de los rigores del verano, y sin más abrigo que un enorme sombrero de paja; especie de sombrilla robinsonica que le preservaba del sol.

No obstante esta desdichada indumentaria de hombre primitivo, Fray Pedro ganaba en consideración y valimiento; se le atribuían curas extraordinarias y milagros dignos de competir con los más estupendos de los referidos en las Sagradas Escrituras, y eran muchos los enfermos y los tristes que desde lejanos villorrios acudían á referir sus curas y pedir consejo al modesto, talentoso y virtuosísimo ermitaño.

* *

El beatífico sosiego de Fray Pedro distaba mucho de ser real. Bajo aquel continente reposado y aquel rostro tranquilo de anciano bondadoso, rugía el volcán amenazador de su virilidad represada y ensoberbecida como torrente que embiste y se estrella contra un obstáculo infranqueable; ó como potro salvaje que corcoba y se revuelve inútilmente bajo el puño vigoroso

del ginete: y quien hubiera sabido traducir la expresión de sus ojos turbulentos, y los anhelos de su befo rojo y caído, y la sensualidad de aquella robusta cerviz de toro padre, y toda su hercúlea complexión de araucano, hubiese adivinado el fiero huracán de pasiones que destrozaban aquella alma ardiente de hombre meridional.

La rigurosa castidad de Fray Pedro encontraba en el invierno un poderoso auxiliar que le ayudaba eficazmente á soportar la dura cruz de su castidad, pero con la llegada de la primavera se recrudecían sus inquietudes, la flagelación era insuficiente, sus largas vigiliass se poblaban de voluptuosos antojos y llegaba á ser doloroso aquel combate inaudito entre la voluntad y la carne indomable del piadoso ermitaño que por todas partes creía ver el rabo de Satanás, rodeado de llamas y oliendo á azufre....

Y sucedió, que aquella hermosa mañana de Junio salió Fray Pedro muy tempranito de su choza, para dulzurar sus crueles obsesiones con las frescas y salutíferas brisas del amanecer. Caminaba á buen paso, hollando con sus pies desnudos los lozanos herbazales remojados por el rocío de la noche, y sintiendo que el bienhechor remusgo matinal acariciaba su piel abrasada por una noche de vigilia febril. El cielo empezaba á tefirse de carmín y los pajarillos picotereros canturreaban entre los árboles saludando la llegada del sol, que parecía trepar por los cielos como perla magnífica en la concha nacarina que dibujaban sus rayos descomponiéndose en los espacios anegados en luz....

Fray Pedro continuó andando febrilmente durante mucho tiempo, y al fin, hallándose fatigado y más sereno, se sentó sobre una piedra, dejó su ancho sombrero sobre la hierba y aspiró con fruición las selváticas emanaciones de aquel bosque druídico que aún no había sido profanado por las sangrientas correrías de los cazadores. Estaba tranquilo y seguro ya de haber vencido nuevamente las tentaciones del espíritu maligno, se postró de hinojos y rezó largo rato á Dios Nuestro Señor, dándole gracias por haberle sacado sin mácula de tan rudos aprietos. Luego, confortado el ánimo por la oración, tornó á persignarse devotamente y emprendió el regreso hacia su cabaña, mientras esparcía su imaginación dialogando consigo mismo.

Caminaba perezosamente, con ese candor de los niños á quienes la pubertad no ha enseñado aún las vergüenzas del desnudo, ó la cándida despreocupación que debió de tener nuestro padre Adán antes de incurrir en el famoso pecado matriz de nuestras malandanzas; y así iba el beato Fray Pedro, cuando al descender hacia la margen de un arroyo que por allí pasaba arrullando á la selva con sus eternos murmullos de agua corriente, oyó ruido de voces femeninas y casi simultáneamente vió dos muchachas, bonitas como amores, que acababan de bañarse y salían del agua abrazadas y sin otro abrigo protector de su recato que las luengas trenzas de sus cabellos rubios.

Fray Pedro, en el cenit de la estupefacción, se persignó é invocó el dulce nombre de Jesús, creyendo que tenía que habérselas con nuevas invenciones diabólicas; pero muy luego se convenció de que no se trataba de mujeres fingidas y de tramoya, sino de dos admirables pecadoras de carne y hueso; porque ellas, no bien apercibieron al ermitaño, lanzaron un grito de terror y permanecieron perplejas, avergonzadas de presentar su virginal hermosura tan de relieve.

Así estuvieron los tres algunos momentos, ellas todo medrosicas y ruborosas, y turulato Fray Pedro, que instintivamente había cubierto con su robinsónico

sombrero aquello que el decoro exige tener más oculto y guardado. Mas, á despecho de su turbación no tardó el ermitaño en sentir de nuevo la íntima comezón, los latigazos de sensualidad y todo aquel laberinto de libidinosos deseos con que el Diabolo le traía tan mal parado, y sin darse cuenta de lo que hacía levantó las manos para frotarse los ojos y ahuyentar lejos de sí la tentadora visión.... Siendo lo milagroso que el sombrero, con gran desprecio de las leyes físicas, que por la cuenta no fueron hechas para los santos, permaneció inmóvil, cumpliendo su pudibunda misión....

Así lo refirieron, por lo menos, las dos gentiles doncellitas que pusieron la virtud del viejo cenobita en tan extremado peligro, y aquel fué uno de los milagros que más alto hablaron en pro de la evangélica pureza y castidad de Fray Pedro.

Eduardo ZAMACOIS

CORRESPONDENCIA

Como prueba de que los propósitos de nuestro programa no son tan atrevidos como algunos espíritus timoratos han supuesto, abrimos esta sección en la que publicaremos algunas de las cartas que distinguidos escritores y queridos compañeros nuestros nos dirigen adhiriéndose á la *Cruzada del amor* que desde su primer número viene defendiendo LA VIDA GALANTE. Esto será una prueba irrecusable de que *la gente nueva*, los cerebros jóvenes, los corazones apasionados que sienten el amor al arte y el amor á la vida, todos aquellos, en fin, que combaten en la vanguardia de los nuevos ideales, está con nosotros y lucha á nuestro lado.

Madrid, Diciembre.

Querido Zamacois:

He visto LA VIDA GALANTE, y he visto además que la dirige usted. Mi enhorabuena más sincera.... Si me necesita usted como corresponsal en Madrid, no vacile en utilizarme incondicionalmente. Usted ya sabe que soy admirador suyo y que he procurado demostrárselo en la medida de mis fuerzas: como tal me ofrezco á usted para seguir demostrándole mi amistad. Repito mi enhorabuena, y con un abrazo se despide de usted su colega que le quiere,

FELIX LIMENDOUX.

Santander.

Amigo Zamacois:

....El periódico me gusta mucho. Es de una novedad encantadora y de un atrevimiento estupendo, que diría Carrillo. Creo que será un éxito. No sé si habrá usted contado conmigo. Desde luego puede mandar. Se me ha ocurrido una idea que le propongo. Escribir unas crónicas muy naturalistas y muy mundanas, pero siempre literarias y cultas.

¿Qué le parece á usted?

Sabe usted que le quiere y le admira su buen amigo y compañero,

JOSÉ DE CUÉLLAR.

Paris, Diciembre.

Querido Zamacois:

Aquí me tiene usted de vuelta de América, decidido á no pasar nunca más los mares.

Su periódico, magnífico. Acabo de ver el número 4.º Es usted muy valiente. Mándemelo usted y yo le remitiré cuentos y crónicas.

Va mi última novela, *Bohemia Sentimental*.

Escribame. Le quiere,

ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO.

No hay para qué decir cuánto agradecemos á estos ilustrados compañeros su ofrecimiento y el regocijo conque aceptamos su valiosa colaboración.

En el próximo número:

Retrato de Arturo Reyes.

Artículos de Consuelo Santoña y Joaquín Dicenta.

La hechicería y el amor, por Joaquín Segura.

Crónicas parisinas, versos.... y otros excesos.

LAS DE MONTOTO

Las de Montoto
son tres hermanas
muy delgaditas
rubias las tres,
que en los salones
y en las visitas
despiertan siempre
mucho interés.

—
Casta la una,
Pura la otra,
y la tercera
Circuncisión,
todos los días
corren entera
de punta á punta
la población.

—
No tienen rentas
ni tienen bienes
ni tienen tíos
en Ultramar,
ni nadie sabe
que tengas tíos
ni cosa alguna
por qué callar.

—
Pero entretanto
las de Montoto
comen y beben,
no visten mal
y á nadie piden
ni á nadie deben,
según afirman,
ni un solo real.

—
Las de Pifartos,
las de Piave,
las de Bicome,
si dan reunión
¿dónde se baila!
¿dónde se come!
Tienen las chicas
invitación.

—
Por el verano
van al Retiro,
y en los inviernos
á pasear.

Van á los mares
de las de Gómez
que llueva ó truene
sin variar.

—
A su ocio eterno
no ponen coto,
pues no da nunca
nadie en el quid,
y sin embargo
las de Montoto
tienen en jaque
medio Madrid.

—
Si aficionados
hacen comedias
ó si hay funciones
de caridad,
son las primeras
las de Montoto
en agenciarse
localidad.

—
Siempre se encuentran
donde hay más gente
pidiendo á todos
siempre un favor,
y á tales chicas
seguramente
que las conoce
bien el lector.

—
¿Y cuándo comen
las de Montoto?
¿Y á qué hora cenan,
vamos á ver?...
Cosa difícil,
problema raro,
que nadie, nunca,
logró saber.

—
Al fin y al cabo
ya hemos sabido
después de mucha
preocupación,
que ni una es Casta,
ni la otra Pura,
ni la tercera
Circuncisión.

Manuel PASO



En una comida de boda.

—Don Jaime, ¿no ha observado usted que el novio solo abre la boca para comer?

—¡Oh, amigo mío!... Los grandes dolores son mudos.

—
Un célebre bibliófilo, cuyo apellido, verdadero rosario de consonantes aspiradas, diptongos y dobles w omitimos en gracia á nuestros lectores, ha encontrado revolviendo la correspondencia de un espiritista muerto recientemente en Cristiania, curiosos documentos en los cuales el difunto refería las aventuras que corrió antes de que su espíritu llegase á revestir la forma humana.

No hay para qué decir que todas las confesiones son interesantísimas: su vida de caracol baboso y cornudo y sus canciones de amor siendo rana, entonadas

de noche á orillas de un pantano y á la luz de la luna, son capítulos de primer orden.

Pero nada alcanza en originalidad á un monólogo que tuvo siendo pulga, allá en una casa de huéspedes de Londres.

El documento copiado *ad pedem literam*, dice así:
«Heme aquí entre los pliegues de una sábana aguardando la hora de la cena. ¡Qué apetito tengo! ¡Quiera Dios que baje pronto mi huéspeda! ¡Valiente jamona! ¡Y qué sangre tan dulce tiene!... Sobre todo en las pantorrillas. Me llevo tragada la derecha, y eso que su ama no me deja sosegar un momento. Cada guantazo que se arrima, enciende yesca. Yo me río como una tonta viéndola saltar y brincar á causa de mis dentelladas; pero la tengo cogida la maña y es muy difícil que me retuerza.

»¡Ya está aquí! ¡Ya se desnuda! ¡La boca se me hace agua! ¡Esta noche me ceno la pantorrilla izquierda! ¡Oh, me busca! ¡qué risa! ¿Será estúpida?... ¡Cómo que yo iba á estar en su ropa! ¡Ea, preparémonos, ajajá! Avancemos con mucho ojo.... Ya me ha sentido. Allá va: «Por V. S. y por la compañía».

»¡Uy, cómo se rasca!... ¡Valiente noche te espera!...»

Estos apuntes autobiográficos, que probablemente se publicarán con el título de *Juergas espiritistas*, ú otro análogo, obtendrán un éxito europeo.

Modelo de consecuencia política.

Un diputado tiene á su esposa en estado interesante.

—¿Cuándo sale del mal paso tu señora?—le preguntó un compañero.

—Cuando lo disponga el Jefe.

Terminada la dolorosa operación, el paciente le entregó al dentista una moneda de diez reales.

—Es un duro, caballero....

—No, señor; son diez reales.... ¡Fíjese usted bien!...

Caminamos de sorpresa en sorpresa.

Un químico alemán concluye de enriquecer al mundo científico con un descubrimiento maravilloso. Después de prolijos estudios ha logrado comprobar con hechos que no permiten dudas ni cuestiones, que las calvas, cuando no son de nacimiento, reconocen por único origen la caída del pelo.

Este precioso hallazgo ha causado gran sensación y la Academia de Peluqueros de Berlín, sabiendo que el ilustre doctor había perdido en estos trabajos su hermosa cabellera, le ha enviado para recompensar sus afanes una cruz de pelo.... y una peluca.

IMPORTANTE

Advertimos á nuestros corresponsales que desde el número próximo, según anunciamos oportunamente, no admitiremos devolución.

Los pedidos serán en firme, y los que reciban menos de 50 ejemplares deberán enviarnos sus liquidaciones invariablemente cada fin de mes.

Suspenderemos el envío de los que no cumplan este requisito.

R. S. LÓPEZ, IMPRESOR.



¡Siempre solita!.... Esperando la visita de los Reyes Magos....



PEDID

EL CATÁLOGO DE NUESTROS LIBROS FESTIVOS

